

sola, y ella, así como vió que le podía hablar, le dijo: "Sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazón, que me le aprieta de suerte que parece que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace, pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á un galán suyo en esta casa, y se está con él hasta el día, tan á costa de mi crédito, cuanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á horas tan inusitadas de mi casa; y lo que me fatiga es, que no la puedo castigar ni reñir; que, el ser ella secretario de nuestros tratos, me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algún mal suceso." Al principio que Camila esto decía, creyó Lotario que era artificio para desmentille que el hombre que había visto salir era de Leonela, y no suyo; pero, viéndola llorar y afligirse, y pedirle remedio, vino á creer la verdad, y, en creyéndola, acabó de estar confuso y arrepentido del todo; pero, con todo esto, respondió á Camila que no tuviese pena, que él ordenaría remedio para atajar la insolencia de Leonela: dijole asimismo lo que, instigado de la furiosa rabia de los celos, había dicho á Anselmo, y cómo estaba concertado de esconderse en la recámara, para ver desde allí, á la clara, la poca lealtad que ella le guardaba: pidióle perdón desta locura, y consejo para poder remediála y salir bien de tan revuelto laberinto como su mal discurso le había puesto. Espantada quedó Camila de oír lo que Lotario le decía, y con mucho enojo y muchas y discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento y la simple y mala determinación que había tenido; pero, como naturalmente tiene la mujer ingenio presto para el bien y para el mal mas que el varón, puesto que le va faltando cuando de propósito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y dijo á Lotario que procurase que otro día se escondiese Anselmo donde decía, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para que, desde allí en adelante, los dos se gozasen sin sobresalto alguno; y, sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que tuviese cuidado, que en estando Anselmo escondido, él viniese cuando Leonela le llamase, y que, á cuanto ella le dijese, le respondiese como respondiera aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario que le acabase de declarar su intención, por que con mas seguridad y aviso guardase todo lo que viesse ser necesario. "Digo, dijo Camila, que no hay mas que guardar, si no fuere responderme como yo os preguntare;" no queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que á ella tan bueno le parecía, y siguiese ó buscase otros que no podían ser tan buenos. Con esto se fué Lotario, y Anselmo otro día, con la excusa de ir á aquella aldea de su amigo, se partió, y volvió á esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila y Leonela. Escondido, pues, Anselmo, con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendría el que esperaba ver por sus ojos hacer notomía de las entrañas de su honra, íbase á pique de perder el sumo bien que él pensaba que

tenía en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela que Anselmo estaba escondido, entraron en la recámara, y apenas hubo puesto los piés en ella Camila, cuando, dando un grande suspiro, dijo: "¡Ay, Leonela amiga! ¿no sería mejor que antes que llegase á poner en ejecución lo que no quiero que sepas, por que no procures estorbarlo, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido, y pasases con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razón que yo lleve la pena de la ajena culpa. Primero quiero saber qué es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal deseo como es el que me ha descubierto, en desprecio de su amigo y en deshonra mia. Ponte, Leonela, á esa ventana, y llámale, que sin duda alguna él debe de estar en la calle, esperando poner en efecto su mala intención; pero primero se pondrá la cruel cuanto honrada mia.— ¡Ay, señora mia! respondió la sagaz y advertida Leonela; y ¿qué es lo que quieres hacer con esta daga? ¿quieres, por ventura, quitarte la vida, ó quitársela á Lotario? que, cualquiera destas cosas que quieras, ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio, y no des lugar que este mal hombre entre ahora en esta casa, y nos halle solas: mira, señora, que somos flacas mujeres, y él es hombre y determinado, y como viene con aquel mal propósito ciego y apasionado, quizá, antes que tú pongas en ejecución el tuyo, hará él lo que te estaría mas mal que quitarte la vida. ¡Mal haya mi señor Anselmo, que tanta mano ha querido dar á este desuellacaras en su casa! y ya, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, ¿qué hemos de hacer dél despues de muerto?—¿Qué, amiga? respondió Camila; dejámosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debajo de la tierra su misma infamia. Llámale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo." Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decía se le mudaban los pensamientos; mas, cuando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario, quiso salir y descubrirse por que tal cosa no se hiciese; pero detúvole el deseo de ver en qué paraba tanta gallardía y honesta resolución, con propósito de salir á tiempo que la estorbase. Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo, y arrojándose encima de una cama que allí estaba, comenzó Leonela á llorar muy amargamente, y á decir: "¡Ay, desdichada de mí, si fuese tan sin ventura, que se me muriese aquí, entre mis brazos, la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mujeres, el ejemplo de la castidad!" con otras cosas á estas semejantes, que ninguno la escuchara que no la tuviera por la mas lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí, dijo: "¿Por qué no vas, Leonela, á llamar al mas desleal amigo de amigo que vió el sol ó cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina; no se desfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se pase

en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero.—Ya voy á llamarle, señora mia, dijo Leonela; mas házme de dar primero esa daga, por que no hagas cosa, en tanto que falto, que dejes con ella qué llorar toda la vida á todos los que bien te quieren.—Ve segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila, porque, ya que sea atrevida y simple á tu parecer en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien tuvo la culpa de su desgracia: yo moriré, si muero, pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mia.” Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliese á llamar á Lotario; pero, en fin, salió; y, entre tanto que volvía, quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: “¡Válame Dios! ¿no fuera mas acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesto y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera sin duda; pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron: pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo), de que Camila, no solo guardó la lealtad á su esposo, sino que le dió venganza del que se atrevió á ofendelle; mas, con todo, creo que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo; pero ya se la apunté á dar en la carta que le escribí al aldea, y creo que, el no acudir él al remedio del daño que allí le señalé, debió de ser que, de puro bueno y confiado, no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese haber género de pensamiento que contra su honra fuese, ni aun yo lo creí despues por muchos dias, ni lo creyera jamás, si su insolencia no llegara á tanto que las manifestas dádivas y las largas promesas y las continuas lágrimas no me lo manifestaran. Mas, ¿para qué hago yo ahora estos discursos? ¿tiene, por ventura, una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? no, por cierto. ¡Afuera pues traidores! ¡aquí, venganzas! entre el falso; venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entré en poder del que el cielo me dió por mio, y limpia he de salir dél, y, cuando mucho, saldré bañada en mi casta sangre, y en la impura del mas falso amigo que vió la amistad en el mundo;” y diciendo esto, se paseaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio, y que no era mujer delicada, sino un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo, cubierto detrás de unos tapices donde se habia escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecia que lo que habia visto y oido era bastante satisfaccion para mayores sospechas; y ya quisiera que la prueba de venir Lotario faltara, temeroso de algun mal repentino suceso; y, estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo,

porque vió que Leonela volvía con Lotario de la mano; y, así como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della, le dijo: “Lotario, advierte lo que te digo: si á dicha te atrevieras á pasar desta raya que ves, ni aun llegar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo; y, antes que á esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues responderás lo que mas te agradare. Lo primero, quiero, Lotario, que me digas si conoces á Anselmo, mi marido, y en qué opinion le tienes; y lo segundo, quiero saber tambien si me conoces á mí. Respóndeme á esto, y no te turbes ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto.” No era tan ignorante Lotario que, desde el primer punto que Camila le dijo que hiciese esconder á Anselmo, no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer, y así, correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por mas que cierta verdad; y así respondió á Camila desta manera: “No pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo: si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde mas lejos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deseado, cuanto la esperanza está mas cerca de poseello; pero, por que no digas que no respondo á tus preguntas, digo que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos de nuestros mas tiernos años; y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad, por no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga, poderosa disculpa de mayores yerros. Á tí te conozco y tengo en la misma posesion que él te tiene; que á no ser así, por menos prendas que las tuyas no habia yo de ir, contra lo que debo, á ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora, por tan poderoso enemigo como el amor, por mí rompidas y violadas.—Si eso confiesas, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿con qué rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar, para que vieras con cuán poca ocasion le agraviaras? Pero ya caigo, ¡ay desdichada de mí! en la cuenta de quién te ha hecho tener tan poca con lo que á tí mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mujeres, que piensan que no tienen de quién recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no, dime: ¿cuándo, ¡oh traidor! respondí á tus ruegos con alguna palabra ó señal que pudiese despertar en tí alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? ¿cuándo tus amorosas palabras no fueron deshechas y reprendidas de las mias con rigor y con aspereza? ¿cuándo tus muchas promesas y mayores dádivas fueron de mí creidas ni admitidas? Pero, por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme